

24 DE NOVIEMBRE DE 1879.

## Madrid.

En el tren.

Ayer, de vuelta de una expedición de caza, llegué a la estación del Escorial a tiempo de poder tomar el expreso.

Una vez instalado en el coche, mi primera ocupación fué preguntar a uno de los viajeros, amigo mío, qué novedades ocurrían por Madrid, del cual había salido yo hacía tres días.

—Sabrá Vd., me contestó, que ha muerto la duquesa de Montijo...

—Es una gran pérdida para la sociedad madrileña. Fué una señora de gran espíritu, de corazón bondadoso y de caritativos sentimientos. Era una de las pocas damas españolas que sabían reunirse en su casa la flor de la nobleza, de la política, de la burocracia y de la literatura, y formar lo que en Francia se llama un *salon*. Había sobrevivido a su época y se encontraba en nuestra sociedad como la última ruina que resiste al tiempo entre las ruinas.

—Y la emperatriz?

—La emperatriz no ha podido llegar a recoger su último suspiro... Viene en este mismo tren.

—He visto, en efecto, un coche-salon.

—Si, ha pedido permiso al gobierno de la república francesa para atravesar el territorio de su antiguo imperio y sólo llegará para arrojarle, llorar y rezar ante un cadáver.

—¡Ah! señores, dijo otro viajero interviniente en la conversación, ¡qué triste viaje! viuda de un emperador todo poderoso; madre sin hijo, atraviesa el reino perdido para siempre, y vuelve al país de la juventud lleno de recuerdos, que todos son dolores. ¡Todo lo ha perdido, juventud, reino, esposo, hijo, madre, todo, hasta la esperanza! ¡Solo le queda el respeto que las almas generosas tributan siempre a la majestad caida!...

—Le ha merecido siempre—exclamó un viajero que hasta entonces había permanecido silencioso y que en su acento demostraba ser francés...—Yo soy republicano y debo hacerle esta justicia. No ha necesitado pertenecer a una dinastía para ser una verdadera reina. Lo ha por su belleza, por su graciosa distinción, por cierto augusto sentimiento, propio de la altivez castellana y por la conciencia de lo que ella exigía su posición. Se consagró a obtener el amor de la Francia y obtuvo al menos su consideración y su gratitud. Su primer acto popular fué antes de su matrimonio. El ayuntamiento de París votó una enorme suma para hacerla un regalo de boda, y ella suplicó al ayuntamiento que esa cantidad se invirtiese en fundar un hospital para niños pobres enfermos... El hospital de Santa Eugenia que existe en París.

—Sin embargo, su influencia en la política del imperio ha contribuido tal vez...

—Su influencia ha sido grande, como lo es siempre la de las reinas sobre los reyes. Pero no son Vds. los españoles los que pueden criticarla. Sus sentimientos religiosos, naturales en una mujer, impolíticos, quizás, en una emperatriz, la hicieron favorecer siempre el poder temporal del Papa y sospechosos a los partidos liberales de Francia... Ha nacido en España y es, por lo tanto, eminentemente católica.

—Ha demostrado ser además—dijo yo—muñeca de un gran corazón en los momentos críticos: si en la corte pudo dar oídos a las lisonjas de generales de salón, incapaces de contrarrestar en el combate a Moltke, fué acaso el único hecho imperialista que se sintió vencido, pero que no se rindió jamás...

—Es verdad—repuso el francés—cuando la noticia de las derrotas sufridas por el ejército imperial llegó a París, y se temió que los prusianos pudieran intentar poner sitio a la gran ciudad, ella prometió montar a caballo y ponerse al frente de las tropas... como Juana de Arco... Y lo hubiera cumplido. Ella fué la que instada entonces por los cortesanos a que escribiese al emperador para que regresase a París y reuniese allí todos los elementos de defensa, les contestó...—Escribirle ¿a qué? Después de tantas desgracias sólo le queda un partido que tomar: ponerse al frente de un regimiento y morir!—¡Ah! ¡si la emperatriz hubiese estado en Sedan!...

—Permitidme—dijo uno de los viajeros—que exprese la satisfacción que me producen esas palabras, tratándose de una española.

—Las españolas, en efecto, añadió el francés, parecen haber nacido para reinas. La emperatriz tenía además el valor moral con que se conquistaron los corazones... En las epidemias se veía siempre en los hospitales insensible al temor de la muerte.

—La suerte fué muy cruel con ella. Es cruel para una mujer bella y noble el imperio de una gran nación, para arrancárselo después de conquistarlos los corazones... En las epidemias se veía siempre en los hospitales insensible al temor de la muerte.

—Esa es, replicó el republicano, la catástrofe obligada del poema de la ambición. Las mujeres se casan por amor; pero reinan en para las mujeres como un deber. Ellas vacilan en entregar su mano a un hombre: jamás dudan en subir a un trono.

—Y puede ser censurable—dijo yo—esa noble ambición? ¿Ser reina no es tan sólo rodearse de esplendor y riqueza; de cortesanos que delectan el oído con frases celestiales; del homaje ciego de los pueblos y del coro fastuoso de las naciones, es alzarse hasta la cumbre desde la cual se puede recompensar el talento, honrar la virtud, socorrer a los desgraciados y hacer hombres y pueblos felices...

—En esto sentimos que el tren moderaba la rapidez de su marcha Entráramos en la estación de Madrid.

Todos nos apresuramos a recoger nuestros bastos y objetos de viaje, con igual propósito: el de bajar a tiempo de ver a la emperatriz. El rostro de una persona venturosa no suele excitar por su alegría la curiosidad del hombre, pero sentimos, sin saber por qué, una viva, irresistible curiosidad de ver los semblantes del dolor.

El Rey esperaba ya. Se adelantó a recibirla.

Ella bajó, y sin pronunciar una palabra, tomó su brazo y partieron. La comitiva formó un semicírculo y les siguió. Todo esto sucedió en un momento; silenciosa y automáticamente.

Los viajeros recién llegados y los curiosos que esperaban en el andén, pudieron satisfacer su curiosidad sólo a medias.

Vieron una figura vestida de luto y cubierta la faz con un velo tan espeso que no dejaba traslucir fación alguna, ni menos la expresión del semblante.

Nos representamos siempre a las emperatrices como mujeres deslumbradoras, y nunca tal como ayer veíamos a la de Francia, de negro como la mas humilde de las viudas; cubierta como una urna cineraria.

Parecía una sombra, sí; pero una sombra que tenía no se qué de extraño y elocuente; como la sombra de un cuerpo que ha desaparecido; como la sombra que su elegante figura en otro tiempo proyectaba sobre las arenosas calles de Fontainebleau y de Compiègne al espléndido sol de la felicidad!

—No se la ve la cara, me dijo una mujer; pero muy triste debe ir porque yo, ya Vd. vé—añadió llorando—sólo de verla, sin saber por qué, me he puesto triste.

Tenia razón. El dolor, como los perfumes, se difunde en la atmósfera y se respira: no es preciso verle.

—Cuando la emperatriz pasó por delante del francés, compañero mío de viaje, el francés se descubrió respetuosamente y noté que estaba profundamente conmovido.

—En este momento—le dije—estoy seguro de que es Vd. imperialista.

—Casi creo que tiene Vd. razón. ¡Cuán grande es el prestigio del trono que nos hace compadecer las desgracias de los reyes como si fuesen de mortales superiores a nosotros! Comprendo, pues, que perder un trono y la esperanza de restaurarle sea el mas profundo, el mas imponderable de los dolores!

Al darnos un apretón de manos, pasó junto a nosotros un sencillo landó, con los colores del duque de Alba.

—¡Ah! vá la viuda del emperador!... exclamé. Y el francés, saludando, repuso: —¡La viuda del Imperio!

Un lunático.

## La puerta verde.

Hacia mas de una hora que el segundo omnibus había salido de los baños de Sobron completamente lleno, para la estación de Miranda de Ebro, cuando después de dirigir la última palabra de despedida a los que se quedaban en el establecimiento y una última mirada a los árboles y montañas de aquellas agrestes soledades, ocupé el cuarto asiento de una berlina, el mayoral se trabó de palabras y latigazos con las mulas, y el coche comenzó a rodar por el tortuoso camino abierto en las rocas desde el fondo del angosto valle, donde brotan los manantiales bicarbonatados, hasta la altura en que desviándose hacia la izquierda la dirección de las montañas, se penetra en la alegre pero pobre campiña que cultivan en la margen alavés del río. Estábamos ya a 30 de agosto, y, sin embargo, el calor era mucho.

Mis compañeros de berlina eran una monja dominica de Medina del Campo, un sacerdote, hermano de la monja, y otro clérigo, familiar del obispo de Alava. Durante la hora y media que tardamos en llegar a la estación de Miranda, el hermano de la monja habló mucho, el familiar del obispo bastante, yo poco, la monja nada.

Después de almorzar en la fonda de Guinea, reina de las fondas de nuestras líneas férreas, para no aburrirme esperando el tren-correo de Francia, tomé el camino que va a parar a la calle principal de la villa. Había ya cruzado una gran parte de esta sin que solicitase mi atención nada de lo que veía, cuando inesperadamente, en una de las curvas formadas por la calle, a mi derecha, y a pocos pasos de distancia, atrajo mis miradas, hasta entonces errabundas, el hermoso ábside de un templo románico, tan digno de alabanza como olvidado de los arqueólogos y maltratado por las injurias del tiempo y de los hombres. Era la iglesia parroquial de San Nicolás. En aquel mismo instante recordé que a las ocho de la noche pasaba por la estación el *expres* para Madrid, y abandoné la idea de tomar el tren-correo que debía llegar a las dos de la tarde. Mucho tiempo estuve contemplando el mutilado monumento, que en cada piedra acusaba una profanación artística. Cuando huí reconstruido en mi mente lo que del ábside ya no existía, y mas de una tercera parte que se hallan ocultos por una pared, prolongación del muro de la sacristía de la iglesia, continué examinando el resto de la fábrica, cada vez mas satisfecho de mi paseo a Miranda, y mas apenado de la indiferencia con que no solo dejamos que se destruyera, sino que ayudamos siempre a destruir muchas cosas que debíamos tener a honra conservar. La portada del templo, entre filetes y una ancha imposta, agredada a la izquierda, y a la derecha con labores de cordones y flores puntiagudas, ruda y groseramente abiertas en la piedra, luce arquivoltas ojivales y bizantinos capiteles. La planta interior del ábside está formada por cinco ochavas: las tres centrales casi desaparecen detrás del retablo de madera del altar mayor; y tanto estas como las restantes, han sido embadurnadas con una capa de cal. El deseo de tomar detenidos apuntes de la iglesia crecía tan vehementemente en mí, que volví a la estación del ferro-carril, hice trasladar mi equipaje a Miranda y me alojé en una casa de esquina, frontera a San Nicolás, desde donde por una ventana podía ver a mi sabor el ábside, y por un balcón de la fachada principal, a través de la férrea verja del pórtico, los primores de la portada.

Trazaba yo en mi cartera de bolsillo líneas y garabatos con que intentaba copiar los mascarillos de algunos modillones del ábside, y a mi lado, colgando a mis piernas y diciéndome algo que yo no entendía, alborotaba un niño como de tres años, conociendo sin duda en mi cara que los ciudadanos de su edad tienen conmigo carta blanca para todo, y que la tarea

mas grave é importante es poca cosa para que yo no les prodigue sonrisas y besos. La madre del niño casi alborotaba mas que él, llamándole y diciéndole que no me molestase. Todo inútil: el pequeño se hacia el sordo con la mayor frescura del mundo.—Si no dejas a ese caballero, gritó cansada la madre, te voy a meter por la puerta verde. Cesó la sordera, y el sordo corrió cuanto permitieron sus piernecitas, diciendo: No quiero, no quiero puerta verde.

Al siguiente día, acompañado de una de esas personas ilustradas, inteligentes, afectuosas y serviciales que se hallan dispuestas en cualquiera ocasión a auxiliar con cuanto son y cuanto valen al primero que se les acerca, y que si desgraciadamente en Madrid hay motivos para sospechar que no existen, afortunadamente abundan en las provincias, subí yo a la elevada colina donde se alza la Picota, deteniéndome a cada paso para recrear mis ojos con hermosos panoramas formados a una y otra orilla del Ebro por huertas y arboledas, llanuras y montañas. Echado sobre el aparejo de una caballería, al pie de un manzano, un mamón se desganaba llorando, mientras a poca distancia un hombre y una mujer cogían afanosos frutas y hortalizas. La mujer, después de agotar en vano el diccionario de las frases cariñosas, suspendió su faena y acalló al bebé ocupándole la boca con aquello que todas las madres consideran como el remedio mas eficaz contra los emperramientos de un angelito. Pero no era justo que semejante renacuajo recibiera sin advertencias el regalado manjar en premio de una rabieta, y con flujida severidad exclamó la mujer: Ahora te sales con la tuya; pero si vuelves a las andadas te meto por la puerta verde.

Era la segunda vez que oía hablar de la puerta verde, y no queriendo llegar a la tercera sin entender la frase, pregunté a mi acompañante el significado de dicha puerta, que por lo visto tenía derechos eventuales a la inscripción que en la del infierno puso el poeta florentino. Suprimiéndome nombres y fechas, allá vá la historia, que parece cuento.

Enfermó un carpintero de Miranda y la enfermedad tomó tal vuelo, que el hombre se iba por la posta. Acercóse a su lecho un sacerdote con ánimo de prepararlo para recibir los auxilios de nuestra santa religión; el moribundo le rechazó tenazmente, y murió en estado de impenitencia, con gran dolor del sacerdote y grandísimo asombro de todo el pueblo, que no comprendía aquel desprecio al catolicismo, en quien siempre había merecido el mejor concepto religioso. La familia del muerto no logró que la Iglesia consintiese en dar sepultura al cadáver en el cementerio. Había en éste sitio separado para enterrar a los no católicos; pero las circunstancias reunidas de hallarse en el fondo del campo-santo y de no tener el recinto mas que una puerta, hacia que se considerase como una profanación el deseo natural de los afligidos parientes del carpintero. Acudieron al alcalde, y el alcalde dijo que el cura tenía razón en negar el paso de un réprobo por el lugar bendecido para ultima morada de los fieles: objetáronle que el muerto comenzaba a descomponerse y era urgente darle decorosa sepultura, y el alcalde dijo que también tenían razón, porque no se trataba de un perro.

El pueblo, como el alcalde, a fuer de católico rancio, defendía la determinación de la Iglesia; pero al mismo tiempo, como el alcalde también, defendía que aquellos restos humanos tenían derecho a la caridad y el respeto de los vivos. Así pasaron dos días. El conflicto aumentaba: la familia ponía el grito en el cielo; la ciencia advertió que el cuerpo exigía inmediata inhumación; el clero seguía inflexible; el jefe del municipio, temiendo que por un oído iba a escuchar algo feroz del gobernador de la provincia, y por el otro algo mas feroz todavía del prelado de la diócesis: la población entera presentaba tempestuosos síntomas de profundo malestar y descontento. Idas a la Iglesia, venidas a las Casas consistoriales, cabildos, súplicas, amenazas, recomendaciones por acá, resistencias por allá, corrillos, proyectos, mucho movimiento, mucha curiosidad, mucha agazara... ¡y el muerto sin enterrar! Como última pincelada del cuadro, el lector puede suponer, si gusta, que ni faltó quien creyera que debía quemarse el cadáver del carpintero, dando al viento sus cenizas, ni quien pensara que todo podría remediarse encerrando a los sacerdotes en los templos y pegando a estos fuego por los cuatro costados. Afortunadamente, el alcalde cortó por lo sano, dió sus órdenes y comenzó a caminar hacia el cementerio. Le siguieron los menos asustadizos, con ramos de oliva en señal de paz; detrás llevaban al muerto, y cerraba la extraña procesion una de las músicas de Miranda. Otros habían acudido anticipadamente a la entrada del Camposanto, suponiendo que allí encontrarían al clero dispuesto a fulminar terrible excomunión, a la que seguiría sangrienta escaramuza. ¡Vana esperanza!

La procesion se corrió a lo largo de las tapias del cementerio, hasta llegar a un ángulo que correspondía al sitio destinado a los no católicos; abrieron un enorme agujero en la tapia, y por aquella tronera pasaron uno a uno, metiendo también al muerto, que pronto descansó en el seno de la madre tierra, sin haberse cometido profanación alguna, sin aporreaduras ni violencias y sin producir gérmenes de odios y discordias, siempre ocasionados a escenas de horror, pero mucho mas en las poblaciones de escaso vecindario. No tardó el obispo de Calahorra en pedir cuentas al alcalde: éste las dió, refiriendo sencillamente lo ocurrido, y nadie ha vuelto a ocuparse del asunto. El agujero se transformó en una portezuela, que mas adelante pintaron con el color de la esperanza. Sin embargo, la católica Miranda vé allí la entrada de la desesperación eterna, y las mirandesas no tienen hoy freno mas terrible para los chiquillos que la amenaza de meterlos por la puerta verde.

—Como Vd. vé, decía mi interlocutor, lo sucedido no merece que se gaste saliva en contarlo ni atención en oírlo.

Yo me sonrei, y ya entonces pensaba que tra-

tándose de un país donde somos aficionados a no hacer ni prever nada, ó a hacer y prever las cosas a medias, lo sucedido merecía llegar a conocimiento de todo el mundo. ¿Quién sabe si algun otro alcalde de algun otro punto tendrá alguna vez necesidad de plagiar la escena del agujero, para ahorrarse enojosas cavilaciones, y, lo que es mejor, el peligro de cometer una alcaldada que desprestigie la institución de los municipios?

PEDRO MARÍA BARRERA

## La paz en el sol.

¿Qué español no habla de política? Ninguno. Así es que en cuanto dos de nuestros compatriotas se reúnen, la conversación recae, mas tarde ó mas temprano, sobre tan manoseado asunto. Esto nos sucedió, hace pocos días, a unos cuantos amigos que, en agradable tertulia, hacíamos tiempo, como se dice por aquí, para ir a nuestras ocupaciones.

Uno de ellos, al querer definir las causas que motivaban nuestras continuas conmoviciones políticas, contó la siguiente anécdota, que interpretada después por mí bajo una forma científica, ha producido este artículo.

En uno de esos tristes días en que los desolientos de los gobiernos por una parte, y las impaciencias de sus adversarios por otra, lanzan al pueblo a vías de hecho, un hombre se dirigía a un pueblo cercano de una ciudad insurreccionada.

—¿Queréis saber, les respondió el recién venido, lo que hay ó lo que se ventila con las armas en la mano en la ciudad de donde vengo? Si, le contestaron en coro. Pues bien, Mirad; y sacando del bolsillo algunas monedas de oro, y del revólver que a la cintura llevaba un puñado de balas, dijo enseñando unas y otras: La eterna causa que produce estas conmoviciones políticas, es la lucha de esta contra esto; la conquista del oro por el plomo.

¡Dichosos los habitantes del Sol! dije al oír esta teoría. ¿Por qué me preguntaron mis amigos, sorprendidos de mi exclamación. Porque la física moderna ha demostrado que en el inmenso globo que forma el Sol, no hay ni oro, ni plata, ni plomo, y siendo estos metales, según se acaba de decir, la causa inocente de las luchas que sostienen los hombres, si en este astro hay, ó llega a haber habitantes, vivirán en eterna y envidiable paz.

¿Queréis saber cómo el hombre ha arrancado este secreto a la Naturaleza? Si, me contestaron. Pues bien, voy a explicaros, en pocas palabras, la teoría en que se funde este descubrimiento, conocido en la ciencia física moderna con el nombre de *Análisis espectral*.

¿Qué es el espectro luminoso? Todos lo conocéis. Veís esa corona de brillantes colores, llamada el arco iris, que después de las tempestades se eleva desde el suelo hasta perderse en medio de las nubes? Pues esa banda, producida por la descomposición de la luz blanca del Sol al pasar al través de las gotas de agua, que bajan por el aire, es la representación de un espectro luminoso.

Ese espectro que con tan colosales dimensiones y con tan grandiosa belleza se dibuja en el cielo, puede ser reproducido por el hombre, siempre que necesite interrogarle para sus estudios. La basta para ello cerrar herméticamente las ventanas de su habitación, abrir después en las maderas un pequeño agujero y dejar penetrar por él un rayo de luz. Este, después de iluminar en su trayecto esa masa de leves partículas que flotan en el aire, dibujará, ya sobre el suelo, ó ya sobre la pared, ó en una superficie cualquiera, una blanca y brillante imagen del Sol. Interponed ahora en su camino un prisma de cristal, y en el momento aparecerá en lugar del pequeño círculo luminoso, una banda adornada con los siete colores del arco iris, formando lo que en física se conoce propiamente con el nombre de *espectro luminoso*.

Sobre esta bella página ha escrito la naturaleza, con negros signos, la composición del Sol, que el hombre, después de notables estudios ha aprendido a leer.

Para conseguirlo, cojed una lámpara, de las llamadas de Bunsen, y quemad en ella gas del almidado, activando su combustión por medio de una rábida corriente de aire, y haced pasar después los rayos de esta luz al través de un prisma de cristal; al punto aparecerá un espectro luminoso; pero pálido y de casi apagadas tintas. Tomad luego un compuesto metálico de que forme parte aquel que se trate de ensayar, y quemadle en el interior de la llama. ¡Qué suceso entonces! vais a saberlo. Sobre la superficie del descolorido espectro, que hemos obtenido, brotarán como por encanto una serie de rayas de brillantes colores, caprichosamente coloradas; pero características de cada metal. Basta encontrarlas en cualquier espectro para deducir inmediatamente, y sin género alguno de duda, que la luz que las produce proviene de la citada materia. Los físicos han encontrado para un gran número de cuerpos, la distribución topográfica de estas rayas. Para unos, como los llamados metales alcalinos, la cuestión ha sido muy fácil; por el contrario para otros, como el oro, la plata, etc., es muy difícil y complicada; pero a fuerza de trabajo y paciencia se ha resuelto el problema.

Suponed ahora que los rayos de luz, que se están estudiando, antes de pasar el prisma de cristal, atraviesan por una atmósfera caliente, y en la cual está volatilizado el metal de que se trata, ó un compuesto suyo; entonces, en lugar de las rayas de colores, aparecerán otras negras, pero ocupando exactamente las posiciones de las primeras. Al verlas, el físico deduce inmediatamente, no sólo la composición de la llama, sino la de la atmósfera que cruza la luz.

Ahora bien; ese astro, alrededor del cual gira todo nuestro sistema planetario, está formado de un inmenso globo en estado incandescente, rodeado de una atmósfera gaseosa, en la cual, a causa de la gran temperatura del núcleo, estarán volatilizadas todas las materias de que aquel se compone, ó por lo menos todas las que, existiendo en el sol, son conocidas del hombre, por formar parte del mundo que éste habita.

Pues bien; si se comparan las rayas negras de que está lleno el espectro solar, que son las que producen los diversos metales, se verá cuáles de éstos entran en la composición del Sol y cuáles no. Pero hasta ahora, por mas esfuerzos que han hecho los físicos, no han podido encontrar las rayas características de la plata, del oro ni del plomo, y han deducido, por lo tanto, con gran probabilidad de acierto, que estos metales no se encuentran en el inmenso globo que forma el bello astro del día. Esta es, en pocas palabras, la idea general de la teoría llamada en física *análisis espectral*.

—¿Cuán engañado vive Vd! me dijo uno de mis amigos, apenas terminé mi ligera explicación. ¿Por qué? le pregunté. Porque si en el Sol hay ó llega a haber, me respondió, hombres, ó por lo menos seres que tengan algo parecido al pobre corazón humano, que posean sus ardientes pasiones, sus ambiciones y deseos de dominio sobre los demás, siempre habrá guerras entre ellos. Si no es el oro el que motive su avaricia, será el cobre, y sino el estafío. Si no tienen plomo para disputarse las riquezas á balazos, lo harán, como lo hacían nuestros antepasados, usando el hierro para darse muerte, ó á pedradas, en última resultado, si no tienen otro género de proyectiles. ¡Ea verdad! dije algo triste, al contemplar cómo se derrumbaba el bello castillo de cartas que había levantado. Lo que hay, pues, que arreglar es si en ese bello astro, ó en los otros que cruzan nuestro cielo, hay hombres, no sé si hay, ó deja de haber, oro ó plata.

Fácil es averiguarlo, dijo otro de los que en la reunión había en tono de burla: basta saber cuáles son las rayas que dá la combustión del hombre. ¡Lástima que se haya suprimido los autos de fé, pues aprovechando la sagra de llama, se hubiera resuelto este problema!

—Están Vds. dibujando? dijo el que había contado la anécdota: pues no han comprendido Vds. lo que mi héroe quiso indicar. No es la lucha material del oro con el plo-



mo, sino la de la riqueza contra la fuerza, la del rico con el pobre, la causa eterna de nuestras revoluciones políticas y sociales.

E. DE ECHEGARAY.

## Las suegras.

### I.

**Proemio.**  
Alegres, risueñas, juguetonas, vestidas de ligeras sedas y adornadas de gasas y de cintas, veis esos grupos de niñas-querubines jugando a la comba, dando vueltas a los aros al compás de inocentes y cadenciosos cantos que son como gorgoros de otros tantos pájaros domésticos.

El tiempo pasa: esas niñas se transforman en ángeles del paseo, del teatro y de la *soirée*.

Continúan también jugando; mas las muñecas se reemplazan con los tiernos corazones que algunas veces se complacen en *afletear* como hacen los chichuelos con los pequeños y atontados gorriones.

Pasa el tiempo: los ángeles van al altar con vestido blanco y coronas de azahar.

Hay dulces, helados, música, flores y un círculo caprichoso de parientes y de amigos.

Al fin de pecho y a la epístola de san Pablo se sigue el lagrimeo materno, el ósculo fraternal, el abrazo amistoso, la picante broma del espectador, el *flat lux* de la madrina y el *consumatus* est de la ceremonia.

Y el nido, de diez, de veinte ó treinta mil reales anuales (gas, agua y portero inclusivos), recibe y encierra a la interesante pareja.

El cómo esta tierna niña y ángel sentimental se convierte en suegra, es igualmente obra del tiempo.

Oh! tiempo, que vienes con un séquito enorme de cabellos blancos, arrugas, cosméticos, baños medicinales, abultamiento ó secatura de formas y otros excesos de la descomposición de la carne.

Oh! tiempo!... Suprimamos el reló, que es nuestro peor enemigo.

### II.

#### Suegra interna y gorda.

Todo lo observa, todo lo vé, lo fiscaliza todo. Es el terror de la casa.

Sentada en la butaca, a guisa de trono, se hace dar cuenta de los menores detalles domésticos.

No comprende la abolición de la esclavitud, ni aun en Cuba.

Su cuerpo permanece tranquilo; pero su lengua adquiere una volubilidad espantosa.

Al menor ruido de la puerta pregunta quién ha entrado; regaña a un doméstico por perezo; ó otro por descuido, y siempre tiene que dar alguna orden á alguien.

Recibe visitas y llama al yerno por el apellido.

Con las visitas habla de los muchos quehaceres que le ocasiona la casa.

—Porque ya vé Vd., dice, tengo que cuidar de todo. Gomez es tan distraído y tan inútil que se quedaría sin comer y aun sin zapatos si yo no estuviera alerta. Le digo á Vd. que esto es un mareo continuo. Y eso que decían que mi hijo había hecho una buena boda; pero de novios todos parecen unos benditos. No es decir que él lo haga mal con mi hijo, no; es un hombre de bien relativamente para lo que ahora se usa... Mas... en confianza, es lo mas negado que he conocido en mi vida; es un mueble mas en casa y además ronca, cosa que á la pobre hija le hace padecer de nervios y de insomnios, aunque no se queja.

A todo esto el buen Gomez, que por complacer á la suegra no trata á sus amigos, no va al café y si solamente al teatro como coche de respeto de las dos señoras, se halla quizás en aquellos momentos corriendo de Ceca en Meca haciendo todos sus encargos menudos.

Les escribe las cartas y les entrega la renta ó el sueldo religiosamente sin atreverse ni á fumar un puro por no aparecer despilarrado.

La suegra le ha sujetado á un régimen de seis pitillos por día, y ni aun le permite fumar en su presencia.

Esta única distracción habrá también de dejarla porque todas las jaquecas y estornudos domésticos son cargados en cuenta del horrible vicio.

¡Ah! Los hombres son unos groseros y no tienen delicadeza, hija.

La suegra tiene en cambio perro; y es de ver cómo Gomez lo limpia, lo lleva á paseo prendido de un cordoncillo ó en brazos, si el interesante animalito se siente fatigado y le dá de vez en cuando pedazos de bizcocho.

—No sirven estos hombres para otra cosa, dice, á manera de concesión la Nerona.

### III.

#### Suegra externa y flaca.

Una granizada de los trópicos, un ciclón de los mares de China, una galerna de las provincias del Norte, apenas dar pueden una ligera idea de ese torbellino, de ese huracán, de ese espíritu inquieto que se llama la suegra flaca y externa.

Penetra en la casa como bala de cañón, y á hora tan temprana que los cónyuges yacen dormidos en el tálamo.

Entra gritando y abriendo puertas hasta la alcoba y solo retrocede al tímido y angustioso grito de «pero mamá» que en son de reproche lanza la asustada tórtola.

Pero mañana permanece en la sala, siempre invitada y murmurando airada:

—¡Vaya un arreglo de casa! ¡Vaya unas horas de levantarse! Ese...

Ese hace su aparición en zapatillas y bata, modulando una disculpa.

La suegra apenas se digna fijar en él los ojos y va á reunirse con su hija.

Pasado algún tiempo, salen á la sala: el ángel tímido y sollozante; la autora roja y encofetizada; el copartícipe espera confuso la primera explosión del día.

—Sépa Vd., exclama la suegra, que la chica va á enfermarse seriamente; que ha huido de sus mejillas aquel color que era la envidia de todas cuando soltera. Ya no es la misma; todos lo dicen. ¡Pobre hija mía!

Mamá fuerza una lágrima de doble presión, que trabajosamente da un tinte de humedad á los parpados.

—Esta niña, continúa, necesita reposo; el ejercicio la mata, y Vd....

—Pero, señora, si es ella la que quiere ir á teatro, a *soirées* y trasnochando...

—Señor mío, por pudor debiera Vd. callarse; todo el mundo sabe que cuando vivía conmigo

disfrutaba de una salud perfecta. ¡Pobre hija mía!

Aquí la doble presión de que arriba hemos hablado vuelve á ponerse en juego.

El ángel toma parte variando la conversación, que versa sobre modas y diversiones.

La suegra encuentra antojados los muebles de la casa, ridículos los vestidos de la casada, y se entrega á comparaciones punzantes y desventajadas.

La marquesa A\*\*\* los tiene de mejor gusto, la condesa B\*\*\* mas elegantes, la baronesa C\*\*\* mas suntuosos; bien es verdad que sus maridos las quieren tanto!

—Pero, señora, contesta no pudiendo sufrir mas el reo, déme Vd. la renta que disfrutaban esos señores y veremos.

—Si Vd. la tuviera iría sin duda á parar al tapete verde ó al cuerpo de baile... Adiós, hijita; adiós, mi vida; ten resignación, que bien la necesitas.

A seguida viene la consabida y obligada sección de ósculos para el ángel y de miradas preñadas de rencor para el monstruo.

La calma se restablece en fin, hasta la hora de la comida y del teatro en que vuelve á re-crecerse la tormenta.

### IV.

#### Acerca de otra variedad de suegras.

La suegra de yerno rico aparenta la mayor dulzura, y aun suele manifestar á sus amigas que su hijo ha tenido la suerte de casarse con el hombre mas virtuoso y de mas talento que existe sobre la tierra.

Pero no hay que fiarse de las apariencias, que allá en su fuero interno lo califica de orgulloso, egoísta, y sobre todo, mezquino, considerada su riqueza.

Esto no lo dice en público sino *sotto voce* al ángel, que así va recibiendo y depositando en su alma un légamo que no por lo escondido deja alguna vez de producir amargos frutos.

La suegra de yerno pobre es el reverso de la medalla.

En voz muy alta y sonora grita que al ángel le ha tocado en desgracia un criminal, un imbecil que todo lo echa á perder y que de nada entiende, un vicioso, que si no fuera por ella (la susodicha respetable señora) dejaría perecer de hambre á toda la familia.

—Y esos pobres hijitos! Cuando en ello pienso el corazón se me parte. ¡Qué desventura no es el tener semejante padre!

Este padre es, sin embargo, un ciudadano laborioso y honrado que cuida decorosamente del sostenimiento de su casa; pero, recordad, que es pobre, lo cual es su mayor ó mas bien su único delito.

En una palabra: males son estos sociales é inherentes á la personalidad humana; y no hay mas remedio que resignarse, buscar una huérfana ó quedarse célibe.

FRANCISCO DE ACUÑA NAVARRO.

## El ermitaño Juan Sago.

### LEYENDA HISTÓRICA.

### I.

Al anocheecer de uno de los últimos días del mes de marzo del año de 1295, salía por una de las puertas de la villa de Valencia de Alcántara, un caballero montado en poderoso caballo de batalla recatándose el rostro en el ancho tabardo que le cubría, cual si temiese ser reconocido y volviendo con frecuencia la cabeza, como si le importara que nadie le siguiese.

Apenas hubo dejado á alguna distancia los muros de la población, alzó las riendas á su corcel, cuyo ímpetu, hasta entonces, habíalo reprimido, sin duda por no llamar la atención de los labriegos que volvían á la villa, y emprendió á buen paso el camino que conduce á la sierra. Extraña era en verdad la manera de viajar del noble caballero, (pues tal por su porte parecía), sin llevar consigo un solo esudero ni un hombre de armas que le acompañase y ayudase á la defensa, en aquellos tiempos de revueltas y banderías, en que los malhechores infestaban los campos, y los nobles, llenos de soberbia y poderío, se despedazaban entre sí, gracias á la apatía del Duque rey Enrique III, que no tenía á los nobles ni fuerzas para ir á la mano á sus turbulentos vasallos.

Importante y misterioso debía ser el objeto que al caballero inducía á viajar de tan extraño modo, pero sigamos sus pasos, y veremos á dónde se encaminaba.

Seguía algún tiempo por ancha y espaciosa senda, clavando con furia los acicates en los hijares del corcel, cual si temiese que nunca hubiera de llegar; mas al cabo hubo de reprimir la foga de la velocidad, y marchar despacio, pues el camino se hacía empinado y tortuoso, rodeado de peñascos y sembrado de precipicios, cual si por áspera montaña caminara.

Y así era en efecto; pues se encontraba en la sierra de San Mamed, que forma parte de la cordillera Oretana, y que internándose por aquel punto en Portugal termina en el Cabo de San Vicente.

Seguía avanzando cada vez con mas lentitud, pues el camino se hacía peligrosísimo, hasta que llegó á una profunda encrucijada, por cuyo centro serpenteaba un pequeño y cristalino arroyo, que desprendiéndose después por entre rocas gigantescas, se convirtió en magisterio torrente, cuyo atronador estrépito interrumpía el misterioso y sublime silencio de la noche.

Paróse el caballero; pasó rápidamente la vista para orientarse del sitio en que se hallaba, y murmuró:

—Esta es la encrucijada, este es el arroyo; no cabe duda, esta es la senda que conduce á la choza de Sago.

Y desmontando del caballo, atóle á un grueso tronco, y continuó ascendiendo por la montaña en dirección opuesta á la corriente del arroyo, como si quisiera buscar la fuente á que éste debía su existencia.

Los rayos de la luna, reflejando en el brumoso casco del guerrero; el ruido siniestro del vuelo de las nocturnas aves, que huían espantadas, al sonar de las espuelas del nocturno viajante; la soledad pavorosa del sitio; lo bravo y duro de la naturaleza en aquel paraje, contrastaban de un modo tan extraño y terrible; formaban un cuadro tan sombrío, que se necesitaba todo el temple de alma del caballero para contemplarle sin temor.

El desconocido impávido continuó su marcha por aquella senda limitada de brezos y maleza, á través de la cual se divisaban enormes y peladas rocas que brillaban al fulgor de la luna, semejando calaveras gigantescas, petrificados esqueletos de horrendos monstruos; restos, en fin, de una tremenda batalla de gigantes.

Después de caminar así algún tiempo, desembocó en una esplanada circular, sembrada de musgo, rodeada de altos y corpulentos árboles, y en el centro de ella ancha y cristalina fuente, origen y madre del arroyo que hasta allí le había guiado. Era aquello una verdadera isla de refugio en medio de aquel mar de precipicios, oasis delicioso en aquel desierto de rocas y despenaderos.

Interrumpiendo el círculo que guarnecía la esplanada, casi oculta entre el follaje de los árboles, se divisaba la estrecha puerta de una miserable casucha, mas bien una choza, habitada sin duda por algún austero cenobita.

En efecto, era la morada de Juan Sago, anciano penitente que vivía allí recluso hacia muchos años, y cuya fama de santo y milagrero era reconocida en toda la comarca.

—¡Por Santiago! que ya era tiempo de encontrarla, murmuró el caballero al divisar la puerta de la choza, y acercándose á ella llamó fuertemente con el ferrado puño de su espada.

—¡Adelante! gritó una voz robusta desde el interior de la vivienda.

—¡Fraseó el caballero la primera puerta, después otra

que halló á su izquierda, y guiado por los oscilantes resplandores de una opaca luz, se encontró, después de bajar algunos escalones, en una habitación casi subterránea, alumbrada por dos enormes teas de pino, sin otro ajuar que una banqueta de madera, un montón de yerbas tendidas en un rincón como para servir de lecho y un toro crancino metido en un cajón de madera también muy tosco, incrustado á su vez en un nicho esculpido en la pared.

Arrodillado delante de este crancino, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y en cruz las manos, permanecía un hombre cuando el caballero entró en el aposento.

Al sentir á este, el penitente alzó lentamente la cabeza, levantóse del suelo y volviéndose hacia el desconocido que pudo entonces contemplarle á su sabor.

Era el penitente un hombre de edad indefinible. Por lo nevado de su cabello y de su barba, diríase que frisaba en los setenta años; pero si se contemplaba despacio la tersura de su frente surcada solo por fincas y profunda arruga; la viveza y brillantez de sus ojos negros como abismos; la robustez de su cuerpo y la agilidad de sus miembros, diríase con razón que apenas frisaba en los cincuenta.

Indudablemente, no era la vejez lo que allí le había conducido.

Al encontrarse de frente con el recién llegado, que ya había dejado caer el embozo de su tabardo, no pudo el cenobita dominar un movimiento de asombro mezclado de alegría, pero reponiéndose al instante, le dijo:

—¿Quién sois y qué queréis de mi pobreza?

—Soy, dijo el caballero Martín Yañez de la Barbuda, clauvero de Avis, maestro de Alcántara y consejero de nuestro señor rey D. Enrique III de Castilla, quiero... que me oigais en confesión, y que vuestra gran saniduría me indique el remedio para subsanar faltas en la juventud cometidas, y que á pesar de los años, pesan sobre el alma, como losa de plomo sobre la turba.

—Arrodillaos, contestó con tono profético el penitente, señalando al crancino, ante el sublime Mártir del Calvario; pedidle la gracia necesaria para ello, y venid después al tribunal de la penitencia.

Arrodilláronse ambos; oraron brevemente, se levantaron; sentóse el monge en la banqueta de madera antes descrita; postóse delante de él el maestro de Alcántara y dió principio la confesión.

Respetemos los secretos de un alma, y aguardemos fuera de la choza que termine su diálogo con Dios.

Al cabo de una hora el caballero se dirigió á la puerta; el monge le acompañaba para despedirle:

—¿Con que vos creáis, padre... que... preguntó el primero.

—Sí, hijo mío... si, la guerra; la guerra contra los infieles; si nadie os ayuda, vos solo; ese es el único medio de recobrar la tranquilidad de vuestra conciencia.

Dicho esto, el caballero se alejó rápidamente por la misma senda que hasta allí le condujo; el cenobita volvió á entrar en su miserable choza, y frotándose las manos con jubilo satánico, rugió:

—¡Ah miserable!... ¡imbecil!... algún día había de sonar la hora de mi venganza...

Y apagando las teas que iluminaban la choza se arrojó vestido en su miserable lecho.

Por aquel tiempo, en guerra los castellanos con sus hermanos naturales los portugueses, hubieron de hacer paces con los árabes, sus naturales enemigos; y en efecto, se habían ajustado tréguas con el rey de Granada, tréguas que, hasta entonces, habían sido fielmente respetadas por ambas partes.

Pero el maestro de Alcántara, llevado de un ardor bélico extemporáneo, decidió entonces romper las tréguas y hacer por sí solo la guerra á los árabes.

Desafió primeramente al rey de Granada; y como este despreciase el reto, mas enojado Martín Yañez rompió por las tierras de los moros, con escasa y mal acondicionada tropa, sin que fueran bastante á disuadirle de su empeño, los consejos de otros caballeros, y hasta las suplicas del mismo monarca.

El 26 de abril de 1395 puso sitio con su gente á la torre de Egea que era de los árabes, y cuando mas descuidados se hallaban los sitiadores, cinco mil enemigos cayeron sobre ellos, derrotándolos completamente, sin que fuera bastante á evitar tal desastre el valor inaudito, la temeraria osadía con que peleó el maestro hasta caer del caballo, derribado de un tremendo golpe de lanza.

Cuando yacía malherido en la arena, llegóse á él un misterioso personaje vestido de negro, y echando atrás la capucha que cubría su frente le dijo:

—Yo soy Juan Souza y Pereyra, á quien tú heriste y deshonraste villanamente; yo soy quien te delató cuando huiste á Castilla; yo soy el ermitaño Juan Sago que te impuso por penitencia esta loca campaña, para vengarse de tu villanía. ¡Muere, miserable, y regójese el infierno, que ha llegado la hora de mi venganza!

Y clavando con feroz inaudita un agudo puñal en el corazón del valiente caballero, huyó rápidamente de su lado.

¿Qué motivos tenía el feroz Juan Sago, ó mejor dicho, Juan Souza, para odiar tan cruelmente á Martín Yañez?

Vamos á decirlo en cuatro líneas á nuestros lectores. Ambos eran originarios de dos distinguidas familias portuguesas. Se habían criado juntos, y á un tiempo se dedicaron á la carrera de las armas, pero ambos también se enamoraron de una misma mujer.

Esta decidióse por Souza, y el mismo día en que se celebraban sus esponsales, Yañez, desesperado, mas bien buscando la muerte que la dicha, entró en el templo, hirió gravemente á Juan Souza, y arrancó de sus brazos á la mujer que amaba.

Después de la muerte del rey D. Fernando de Portugal, los de este reino se dividieron en dos bandos: unos que aclamaban á doña Beatriz, esposa del rey de Castilla, y otros, los mas, que en odio á los castellanos, defendían á D. Juan Maestro de Avis, hijo bastardo de D. Fernando.

Yañez fué de los primeros; Souza de los últimos. La contienda se decidió á favor del bastardo, que fué proclamado rey, y Souza, que había sido vencido nuevamente por Yañez en singular combate, desesperado de poder vengarse, denunció al nuevo rey como conspirador y peligroso á su mortal enemigo.

Este, para evitar el peligro, huyó á Castilla, donde en pago de su valor y sus proezas, especialmente en la batalla de Aljubarrota, fué nombrado maestro de Alcántara.

Hasta allí, sin embargo, le perseguía el odio de Souza, que ya hemos visto cómo se valió para acarrearle una muerte desastrosa.

El cuerpo del maestro fué llevado á Alcántara y enterado en la iglesia de Santa María, poniendo en su sepulcro el siguiente epitafio:

Aquí yace aquel

en cuyo corazón nunca pavor tuvo entrada (1).

Habiendo visto dicho epitafio Carlos V, dicen que respondió:

«Nunca ese fidalgo debió apagar una candelilla con los dedos.»

FERNANDO SOLDEVILLA.

## Paris.

Los parisienses están asombrados y motivo tienen para ello; mas de tres meses sin una gota de lluvia, con sol descubierta y brillante, no es cosa que se ve en París cualquier año. El termómetro está bajo cero; el cielo se muestra risueño y azul, las anchas aceras relucen blanqueadas por la escarcha, las fuentes presentan á la vista las mas caprichosas labores en sus chorros de agua cristalizada. Por las mañanas, una fina sábana de nieve cubre la verdura de los parques deshaciéndose en líquidas perlas á los primeros rayos del sol; en algunos lagos, como el de Gravelle, se ha comenzado á patinar.

París, sin duda para entrar en calor, duplica su movimiento y su vida en los días de gran

(1) Mariana, *Historia de España*, tomo II, cap. IV, página 322.

des heladas. Hoy, todos los órganos de este monstruo, funcionan con asombrosa actividad. En los congresos científicos, en las academias, en los teatros, en los salones del gran mundo y del *demimonde*, en las librerías, en el campo de batalla de la crítica, reina una animación extraordinaria. Pero tendamos solo la vista hacia aquellos asuntos que principalmente suelen ser objeto de estas crónicas ligeras.

Dumas ha dado á luz *Monsieur Alphonse y L'Etranger*, cada una de estas obras precedida de un prólogo en que el distinguido autor dramático emprende una enérgica cruzada contra el *naturalismo*. Dumas trata á Zola con tal desdén, que amigos y enemigos de dicha escuela, no pueden menos de protestar contra los términos despectivos en que se expresa el autor de la *Visite de Noces*, que á pesar de todo, ha venido siendo también un escritor naturalista, como Zola le recuerda oportunamente. Porque *Nana* sea un nauseabundo aborto, puede desconocerse la importancia del papel que representa Emilio Zola en la literatura moderna? Pueden echarse en olvido las bellas descripciones de París en el *Assommoir* y en *Une page d'amour*, y las atrevidas escenas de *Thérèse Raquin*? Pero Zola no es hombre que para contestar se muerde la lengua, y el artículo en que responde á Dumas es una verdadera obra maestra como trabajo crítico. La señal del combate está dada; preparémonos á presenciar esta lucha de atletas.

Los libros nuevos menudean: Arsenio Houssaye publica por cuadernos una obra de gran lujo, *La comedia francesa*; Magen dá á luz, también por cuadernos, una obra histórica cuyo título es *Los curas y los frailes*; Claretie, no satisfecho con los aplausos que diariamente recibe en *Mirabeau*, ha querido añadir á este gran éxito teatral otro gran éxito de librería, *La Fugitiva*, novela de costumbres inglesas; *Los reyes en destierro*, de Alfonso Daudet, lleva ya veintidós ediciones vendidas.

Pero, en materia de publicaciones, la próxima aparición del *Paris-Mercure* tiene el privilegio de absorber la atención general. Este gran periódico, número único, que en el porvenir será buscado con avidez, va á ser una verdadera obra maestra bajo el triple aspecto literario, artístico y tipográfico. Un parisiense ha dedicado todo su capital á la adquisición de algunos miles de ejemplares del *Paris-Mercure*, con el solo objeto de conservarlos en su poder hasta dentro de algún tiempo en que espera venderlos quintuplicando su fortuna.

El periódico contendrá 20 ó 24 páginas, y admite anuncios á elevado precio, con el fin de allegar mas y mas recursos en beneficio de nuestros inundados. El frontispicio de esta publicación monumental, en que Gustavo Doré se ocupa, dícese que es una maravilla. Este gran artista ha terminado con destino al mismo periódico un grandioso trabajo que representa las mas terribles escenas de la inundación. Sabido es que Gustavo Doré hizo un detenido viaje artístico por nuestras provincias del Mediodía y de Levante, y que por tanto conoce detalladamente el teatro de la catástrofe.

Maissonnier ha hecho un heraldo que dá la señal de alarma y convoca á los pueblos á la caridad. Luego siguen dibujos de Gérôme, Detaille, Neuville, Carolus Duran y Cabanel. La parte literaria está compuesta de una colección de escritos, cuyo conjunto es lo mas notable que se ha visto. Victor Hugo diserta sobre la fraternidad de los pueblos; Girardin, sobre la libertad de la prensa; Julieta Lamber ha dado una novelita de muy cortas dimensiones; Adeline Patti relata impresiones de teatro; Emilio Augier traza una crónica teatral; Octavio Feuillet, escribe un folletín; Meilhac y Halévy, prestan algunos rayos de su chispeante ingenio; Gondinet, firma algunas ocurrencias y anécdotas parisienses; Alejandro Dumas, refiere los episodios de un viaje á España que hizo siendo niño en compañía de su padre; Naquet, ha dado algunos párrafos sobre el divorcio. La sección de autógrafos es de lo mas completo; figuran en ella las firmas de los principales jefes del Estado, y de los mas renombrados personajes políticos.

La primera idea de un periódico de esta índole con un fin caritativo, fué emitida por Arturo Meyer, el actual director del *Gaulois*, cuando se preparaba la fiesta para socorrer á los inundados de Szegedin. El comité que la organizó no pudo vencer los obstáculos que se opusieron entonces á la realización del proyecto. Apenas se reunió el comité de la prensa parisiense, de cuyo seno ha brotado la fiesta del Hipódromo á beneficio de los inundados de Murcia, Mr. Meyer insistió con empeño en su idea primitiva; la mayoría de los individuos del comité juzgaba irrealizable el pensamiento; dos de ellos, sin embargo, Mr. Lebey, director de la *Agence Havas*, y Mr. Marc, director de *L'Illustration*, secundaron á Mr. Meyer. Como se ve, el proyecto ha triunfado en toda la línea y de la manera mas gloriosa.

Seria bueno que España no olvidase estos tres nombres:

Meyer, Lebey y Marc.

Puesto que el azar ha querido que esta crónica sea consagrada á dar cuenta de nuevas publicaciones, justo es mencionar la aparición de un periódico diario titulado *Gil Blas*, que aspira á compartir con el *Gaulois*, el *Figaro*, el *Evening* y el *Voltaire* los favores del público del boulevard. Ilustradas plumas colaboran en él; distinguidos jóvenes de inspiración y de mérito lo redactan; pero, creo muy dudoso que el *Gil Blas* haga camino; inspiración y mérito no son condiciones bastantes para alcanzar éxitos: brillo, calor, movimiento; combinados bien estas tres cosas y poseeréis el secreto con que se doma á las muchedumbres.

Le *Grand-Journal* se titula el periódico de gran tamaño, cuyo primer número se anuncia para uno de estos días. Este periódico va á estar dirigido desde un calabozo de la prisión de Sainte-Pelagie. La empresa que dará á luz *Le Grand Journal* ha amueblado el calabozo lujosamente, sin omitir gusto alguno. Este director es un antiguo bolsista bien conocido.

¡No todos son Philippart!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

Paris 21 noviembre 1879.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Almudena, 2.